

¡Si hemos de invertir, invirtamos con Dios!

«No acumulen para sí tesoros en la tierra, donde la polilla y el óxido destruyen, y donde los ladrones se meten a robar. Más bien, acumulen para sí tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el óxido carcomen, ni los ladrones se meten a robar. Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón». Mateo 6: 19-21, NVI

Al analizar las palabras de Jesús en estos textos, podemos preguntarnos: ¿Es incorrecto tener un plan de jubilación o incluso interesarnos en tener cosas materiales de este mundo o que otros las tengan?

La respuesta es «no» y «sí».

El «no» viene del hecho de que este pasaje no es el único en la Biblia que habla de cuestiones de riqueza y provisión para aquellos que dependen de nosotros. Otros pasajes aconsejan tener prudencia y previsión, tales como «quien ahorra, poco a poco se enriquece» (Prov. 13: 11, NVI) y «el hombre de bien deja herencia a sus nietos» (Prov. 13: 22, NVI).

Por otra parte, la respuesta es «sí», es una advertencia que se resume de una forma espléndida en Mateo 6: 21: «Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón» (NVI). La idea no es que el corazón decida cómo manejar el dinero, sino que el dinero cambie el corazón. Esto podría llamarse el «principio del tesoro», ya que el tesoro transforma.

Aquellos que invierten su tesoro más profundo en las cosas de este mundo, descubrirán que ya no le están sirviendo a Dios sino a las riquezas de esta vida (ver Mat. 6: 24).

Entonces, la cuestión es qué clase de atención debería prestarle a las necesidades materiales y a la acumulación de recursos. Si les presta atención de manera ansiosa, usted es necio. Si permite que estos desplacen su confianza en Dios, se está volviendo infiel. Si les presta una atención excesiva, se convertirá en avaro. Si los obtiene a costa de otras personas, se está convirtiendo en la clase de opresor al que el reino de Dios se opondrá.

Entonces, ¿qué hacer?

La instrucción es clara, Jesús dice: «Acumulen para sí tesoros en el cielo». Y Elena G. de White declara: «Cuántos han dedicado la vida y el espíritu a adquirir riquezas, pero no fueron ricos con Dios; y cuando la adversidad les sobrevino y sus posesiones fueron barridas, se encontraron con que no tenían nada depositado en el cielo. Lo habían perdido todo, tanto las riquezas terrenales como las eternas. [...] Todas las cosas que están en la tierra pueden ser barridas en un solo instante, pero ninguna cosa puede alterar el tesoro que ha sido depositado en el cielo» (*Nuestra elevada vocación*, 8 de julio, p. 197).

Pr. Wilkar Rivero.